

Capítulo
2

El estruendo de un neumático al reventarse despertó a Dan de una siesta, y lo primero que pensó fue en lo agradecido que estaba de no ser él quien conducía.

—¿Qué fue eso?! —exclamó Jordan, sobresaltado también, y se sujetó del borde de la puerta cuando el auto viró bruscamente, antes de disminuir la velocidad.

—Creo que se nos pinchó un neumático —dijo Abby suspirando. No parecía estar asustada en lo más mínimo. Sostuvo firme el volante mientras retomaba el control del auto. Lo condujo cuidadosamente fuera de la carretera y aparcó el Neon en la orilla, antes de apagar el motor—. Y esta es la razón por la que siempre hay que tener uno de repuesto.

—¿Qué demonios vamos a hacer? —preguntó Jordan y se pegó a la ventanilla para intentar ver cuál era el que se había pinchado.

—Paul me enseñó a cambiar neumáticos, pero dudo de que logre hacerlo ahora —dijo Dan. Al menos tenían señal en los celulares, así que podrían llamar al auxilio mecánico.

—Bueno, por suerte para ustedes, muchachos, *yo* practiqué justo antes del viaje —declaró Abby. Palmeó el volante y, con un saltito presumido, abrió la puerta y rodeó el auto hacia la cajuela.

—Va a ser imposible aguantarla después de esto —advirtió Jordan.

—Solo alégrate de que sepa cómo hacerlo —dijo Dan—. Está comenzando a oscurecer.

—Eso, eh, no era a lo que me refería.

—¿Jordan? ¡Jordan! ¿Dónde está el neumático de repuesto? Estoy segura de que lo revisé antes de salir de Nueva York... —sus gritos les llegaban amortiguados a través de las ventanillas, pero aun así eran penetrantes y se volvían cada vez más agudos.

—A eso me refería —Jordan inhaló profundamente, cobrando ánimo, y luego se bajó del auto con cuidado—. Bueno, eh, antes de que te explique todo, tienes que prometerme que no me asesinarás.

—No hay trato —respondió Abby. Dan también bajó al aire fresco de la noche y observó cómo los dos se ponían en guardia con la misma pose de brazos cruzados—. ¿Dónde está el neumático de repuesto, Jordan?

—Es una historia divertida: ¿recuerdas que mi papá por poco no nos estaba empujando hacia la puerta y que yo dije: “Oh, realmente no necesito llevar mi bolsa de dormir tauntaun?”. ¿Y que después, al final, me di cuenta de que sí, realmente necesitaba traerla? Me estoy mudando, Abby. Casi que para siempre. No podía dejar atrás mi bolsa de dormir.

Dan resopló de risa cubriéndose la nariz y la boca con la muñeca para disimularlo, mientras observaba cómo el rostro de Abby palidecía de furia.

—¿Quitaste el neumático de repuesto para hacer lugar para tus estúpidos recuerdos de *Star Trek*?

—Oye, espera, espera. Yo *no* haría eso. Por otro lado, los recuerdos de *Star Wars*...

—¡Lo que sea! —Abby se apretó el tabique de la nariz y fue a inspeccionar el neumático pinchado. Se inclinó mientras murmuraba para sí misma—: Genial. Tendremos que caminar hasta el pueblo para conseguir un neumático de repuesto, entonces.

—¿Está muy lejos? —preguntó Dan mientras tomaba su celular para abrir el GPS—. ¿No podemos llamar una grúa?

—Es demasiado caro —respondió Abby—. Ya tengo que pagar un neumático nuevo y estamos a menos de un kilómetro del pueblo. Falta poco. No sería nada del otro mundo si este sabelotodo no hubiese empacado como si tuviera doce años.

—No vale la pena discutir ahora —dijo Dan, apoyando su mano suavemente sobre el hombro de su amiga—. También entiendo el punto de vista de Jordan. Es cierto que se está mudando. Si quiere que Nueva Orleans se sienta como su hogar, tiene que llevar las cosas que le importan.

—Gracias, Dan. Al menos dos de nosotros entendemos el valor de una bolsa de dormir tauntaun.

—Deja de decir eso.

—¿Qué cosa? —preguntó Jordan con una sonrisa de satisfacción—. *¿Bolsa de dormir tauntaun?*

—Cierra. La. Boca. Cada vez que lo dices, me dan más ganas de golpearte —exclamó Abby, sacudiendo la cabeza, pero con una sonrisa—. Más vale que esa cosa al menos sea muy abrigada. Quizás te la pida prestada esta noche, como venganza.



Nadie se había molestado en reemplazar las luces de neón quemadas del anuncio de la cafetería Mutton Chop. Las pocas que quedaban le informaban a Dan que iban a comer en el O CH P. El pequeño estacionamiento de grava estaba lleno, sobre todo de camiones oxidados. El humo que salía de una chimenea en la parte de atrás llenaba el aire con el salado aroma de una parrilla de cantina.

Había un taller mecánico pegado al local, lo cual no ayudaba a que la cafetería resultara especialmente apetecible, pensó Dan, pero era una verdadera suerte para ellos. La comida podía esperar. Abby los guio hacia la puerta del taller, pero el interior

estaba oscuro. Había un trozo de papel en la ventana que decía: **MECÁNICO AL LADO.**

A través de una ventana abierta de la cafetería, podían oír el tintineo de vasos, música country proveniente de una rocola y risas. Un letrero torcido junto a la puerta de mosquitero le dio a Dan la impresión de ser una advertencia: “¡El Mutton Chop, donde todos conocen tu rostro!”.

—¿Donde todos conocen tu rostro? ¿No se supone que la frase es “Donde todos conocen tu *nombre*”? —preguntó Jordan con un bufido—. Ni siquiera pudieron plagiarlo bien.

—No seas snob, Jordan —dijo Abby y les abrió la puerta de mosquitero a los chicos para que entraran.

—¿Y tú quién te crees? ¿Santa Abby, patrona de los pueblerinos? —la cafetería quedó en silencio en el momento exacto en el que Jordan terminó de hablar. Unas veinticinco personas se dieron vuelta al mismo tiempo para observarlos. Dan no divisó muchas sonrisas entre la multitud—. De los que no hay ninguno en este tan encantador establecimiento —completó Jordan, aclarándose la garganta.

—Por favor, cállate —susurró Abby, y se volvió para hablar con un hombre que se le había acercado y esperaba para saludarlos. Afortunadamente, los demás comensales habían vuelto a sus asuntos.

—¿Qué tal, señor? Nos preguntábamos si nos podría indicar dónde está el mecánico. Se nos pinchó un neumático y tenemos que comprar uno de repuesto.

El muchacho parecía bastante agradable. Debía tener escasos veinte años, era regordete y lucía una barba corta y descuidada. Llevaba unos overoles manchados con grasa que decían *JAKE LEE*.

—Tiene suerte, señorita. Yo soy el mecánico y soy muy bueno, aunque solo sea un pueblerino —dijo, mirando fijo a Jordan—. Así que necesitan un neumático de repuesto, ¿eh? ¿Qué auto tienen?

Abby continuó conversando con el hombre mientras lo seguían

de regreso hacia el oscuro taller. Le contó que tenían un Neon 2007 y le aseguró que contaban con todas las herramientas necesarias para hacer el cambio y que solo les faltaba el neumático.

El hombre fue a la parte de atrás del taller y, en un abrir y cerrar de ojos, regresó con un neumático y lo dejó caer en el suelo frente a ellos con un ruido seco.

—Se está haciendo tarde y no me gusta la idea de dejarlos volver allá solos. ¿Están seguros de que saben lo que hacen? —preguntó. Luego, se quitó la gorra de béisbol y se pasó la mano por su escaso cabello. Se quedó mirando fijamente a Abby, que intentaba levantar el neumático para ponerlo de lado.

—¿Podría llevarnos hasta el auto? Se lo agradecería mucho. Pensábamos detenernos a comer en la cafetería, pero sería mejor si pudiéramos traer el auto hasta aquí antes de que se haga de noche.

Jake Lee asintió, y luego se volvió y comenzó a caminar hacia su enorme camioneta.

—Es probable que vayamos muy apretados. La camioneta está pensada para transportar cosas, no personas.

—Está bien —respondió Abby—. Gracias por ayudarnos.

Dan no entendía cómo Abby podía mantenerse tan alegre mientras intentaba colocar el neumático en la parte de atrás de la camioneta. Fue corriendo a ayudarla y Jordan lo siguió.

—No hay problema —dijo Jake.

Dan esperaba que solo se tratara de hospitalidad sureña, pero no podía evitar que Jake y su interés por ayudar le provocaran escalofríos. No obstante, ya se estaba haciendo de noche y regresar al auto caminando con el pesado neumático les tomaría demasiado tiempo.

Mientras se apiñaban en la cabina de la camioneta, Jordan comenzó a gimotear al sentir que su olfato se inundaba repentinamente con el olor de unos dieciséis aromatizadores que colgaban del espejo retrovisor.



—Quizás me gustaría más caminar —susurró—. ¿Qué olor creen que intenta tapar?

—Preferiría no pensar en eso —le respondió Dan, susurrando también.

Jake Lee tarareaba suavemente mientras conducía por el mismo camino por el que habían llegado, en dirección al auto. Cuando comenzó a sonar extraño, encendió la radio. De los pequeños parlantes salió *bluegrass* a todo volumen, tan fuerte y furioso que de inmediato le provocó dolor de cabeza a Dan.

Abby seguía sonriendo y bajó de la camioneta de un salto cuando llegaron al auto. Sin que nadie se lo pidiera, Jake Lee abrió la parte de atrás de la camioneta y sacó el neumático de repuesto, sudando y resoplando, y lo dejó sobre la grava.

—Oigan —dijo mientras regresaba arrastrando los pies a la cabina y tomaba una enorme linterna—. Tomen esto. Pueden devolvérmela cuando vayan a la cafetería.

—Es muy amable de su parte —respondió Abby mientras extraía un pequeño juego de herramientas y un gato hidráulico del maletero. Dan la escuchó suspirar al ver la bolsa de dormir enrollada donde debería haber estado el neumático de repuesto. La chica se puso manos a la obra, y él se ubicó junto a ella sosteniendo firmemente la linterna para ayudarla. Echó un vistazo a Jake Lee, que se había detenido para mirarlos de camino a su camioneta. Más que mirarlos, en realidad, los estaba estudiando, con la cabeza inclinada hacia un lado, como si hubiese descubierto un extraño insecto y tratara de decidir qué hacer con él. Dan intentó saludarlo con la mano en un gesto amistoso para captar su atención, pero el mecánico simplemente frunció el ceño y negó con la cabeza antes de subir a su camioneta y alejarse hacia la noche.